

JOHN ASHBERY

PIROGRABADO

Traducción de GEOFFREY HARGREAVES

Aquí en Cottage Grove sí importa. El galopante
viento respinga a su sombra. Los vagones
se arrastran bajo un cielo de roble ahumado.
Aquí habla Norteamérica:
el reflejo de un estado a otro,
de voz a voz en los alambres,
la fuerza de saludos familiares como polen
dorado que desciende en la brisa de la tarde.
En las escaleras de servicio medra la dulce corrupción;
la página del crepúsculo se torna como un escenario giratorio en Warren, Ohio.

Si están así las cosas, vámonos,
se decide, y pronto comienza la lenta jornada del vagón,
acelerando gradualmente hasta que los ventiladores rotantes de los suburbios
que abrazan la oscuridad urbana se recuerdan
sólo como un tic repetidor. Y a mitad del camino
encontramos a los desilusionados, los que regresan, pero eso
no puede detenernos en la precipitada noche
hacia la nada de la costa. En Bolinas
las casas dormitan y a través de la pacífica neblina
parecen preguntarse ¿para qué? y los sueños unas veces brillan y otras se opacan.
¿Para qué nos plantamos aquí? como cometas que giran
deslizándose sobre una rampa de aire pero siempre girando.

Pero la variable nebulosidad insiste,
inundándote de nuevo como la gracia de un chiste.
El paisaje no nos atrajo de inmediato; parcialmente
lo ocultamos con ruinas falsas a imagen nuestra:
un arco que termina en la clave, una pilastra de piedra desmoronada
para lavadero, un teatro al aire libre nunca terminado
y sólo diseñado en parte. ¿Cómo es que habitaremos
este espacio al que le falta invariablemente la cuarta pared,
igual que un escenario o casa de muñecas? A menos de quedarnos como somos,
en perfil perdido, cara a las estrellas, con docenas de proyectos
sin realizar y la exacta sensación
de que el tiempo se termina y la tarde presenta
la cuenta discretamente doblada. Y nos adaptamos
un poco demasiado fácilmente, nos volvemos transparentes
casi como fantasmas. Un día
los pájaros y los animales en el pastizal han absorbido
el color y la densidad de los alrededores,
las hojas están vivas, sobrecargadas de vida.

Siguió un largo periodo de ajuste.

En las ciudades de principio de siglo ya lo sabían
pero tenían cuidado de no decirlo, mientras el vendedor de hielo y el lechero
desaparecían por la cuadra y el cartero pregonaba

en su recorrido diario. Los niños bajo los árboles lo sabían
pero todos los padres que después de un satisfactorio día de trabajo
regresaban a casa en tranvía, lo destruyeron:

el clima era todavía floral y todo el papel tapiz
en un millón de hogares en todo el país conspiraba para esconderlo.

Un día consideramos cómo al pintar los muebles
todo cambia ligeramente en un cuarto

y en el patio y cómo, si fuéramos

capaces de escribir la historia de nuestra época, empezando por hoy,
sería preciso modelar todos estos detalles insignificantes

para poder incluirlos; de otro modo la narrativa
tendría el aspecto plano y lijado que toma el cielo

en el oeste medio hacia el fin del verano,

como si quisiera echarse hacia atrás antes de que el argumento

se haya resuelto y a la vez salvar las apariencias

para que el mañana sea puro. Por eso, ya que tenemos que realizar nuestros quehaceres
a pesar de las cosas, ¿por qué no la hacemos por sobre todas las cosas?

Así, tal vez, los débiles lagos y pantanos

del campo lejano quedarán conectados al circuito

y no sólo los sucesos principales sino la total, increíble
masa de todo lo que ocurre simultáneamente y a la par,

canalizándose en la historia, se desenvolverán

tan prudente y casualmente como conversación en el cuarto contiguo

y la pureza de hoy día nos investirá como una brisa

sólo para ser áspera, seca, irónica: algo frente a lo cual

uno se quita el sombrero y se lo vuelve a poner.

El desfile está entrando en nuestra calle.

Mis estrellas, los uniformes bruñidos y las prismáticas
características de este momento, no pueden faltar aquí. La tierra
se separa de los mágicos y brillantes pueblos de la costa
hacia una cita ya mencionada con agosto y diciembre.

La intuición dice que la vida será siempre de este modo:

el aspecto, la manera como las cosas te asombraron al principio

en la luz nocturna y, sin embargo, más tarde resultaron

capaces de una parca fidelidad

a aquello en que tú y ellas querían convertirse,

sin los suspiros de la música rusa, nada más que el vasto deshilar

hacia las cruces y lo oscuro de más allá,

estos campos sin cultivar, construidos a costa del presente.